

Distorsión de la maternidad en *Beloved* de Toni Morrison y *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez

Distortion of motherhood in Toni Morrison's *Beloved* and Gabriel García Márquez's *Del amor y otros demonios*



TRABAJO DE FIN DE GRADO

Juana María Perianes Cortés

Doble Grado: Estudios Ingleses y Filología Hispánica

Tutoras: Rosa García Gutiérrez y María del Mar Gallego Durán

Convocatoria de septiembre

DISTORSIÓN DE LA MATERNIDAD EN *BELOVED* DE TONI MORRISON Y *DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS* DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

DISTORTION OF MOTHERHOOD IN TONI MORRISON'S *BELOVED* AND GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ'S *DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS*

RESUMEN

Desde el siglo pasado, figuras importantes de la filosofía y el pensamiento han identificado en el temor provocado por el misterio de la maternidad una de las causas de la iconografía femenina que ha sostenido la sociedad y la cultura patriarcales, establecidas sobre una conceptualización binaria del hombre frente a la mujer. Las mujeres han visto cómo el patriarcado configuraba su identidad conforme a diferentes modelos sociales y religiosos y los reforzaba culturalmente mediante mitos y arquetipos esencialistas; pero además lo mismo ha ocurrido con la maternidad, que durante siglos se ha configurado con fines políticos, religiosos y económicos, dejándose a un lado la vivencia o la opinión de la mujer como gestante y como madre cuya función en el núcleo familiar y social se dictaba al margen de su compleja experiencia personal. Además del patriarcado, la esclavitud también atacó la maternidad degradándola y destrozando familias enteras en los países en los que se estableció como institución: nuevas disposiciones que atañían al orden social y a las diferencias étnico-culturales enajenaron al extremo la vivencia de la maternidad en las mujeres. En la novela *Beloved*, de Toni Morrison, y en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez se subrayan estos aspectos, casi siempre olvidados, derivados de órdenes institucionales que oprimieron con especial violencia a mujeres, esclavas y vástagos. La maternidad en estos contextos se distorsiona y hace que las madres queden alienadas de tal institución, pues ante circunstancias tan aberrantes y precarias, el mito de la “buena madre” que lleva por bandera el patriarcado es imposible de alcanzar.

PALABRAS CLAVE: maternidad, esclavitud, patriarcado, García Márquez, Toni Morrison

ABSTRACT

Since the last century, important figures in philosophy and thought have identified the fear caused by the mystery of motherhood as one of the causes of female iconography maintained by patriarchal society and culture, established about the binary conceptualization of men against women. Women have seen how patriarchy shaped their identity according to different social and religious models, reinforcing them culturally by means of myths and archetypes. The same has happened with motherhood, because it has been shaped for political, religious and economical purposes, leaving aside the opinion of women as mothers whose function in the family unit and society was dictated estranged from their complex personal experience. Besides patriarchy, slavery also attacked motherhood degrading and destroying entire families in the countries where it was established as institution: new dispositions that concerned social order and ethnic-cultural differences perturbed the experience of women's motherhood extremely. In Toni Morrison's *Beloved* and Gabriel García Márquez's *Del amor y otros demonios* these aspects are highlighted and they criticize the institutions that oppressed women, slaves and children with violence. Motherhood is distorted in those contexts and alienates mothers from that institution, since the myth of "the good mother" that patriarchy has defined as a standard is impossible to achieve under so aberrant and precarious circumstances.

KEY WORDS: motherhood, slavery, patriarchy, García Márquez, Toni Morrison

ÍNDICE

1. Introducción, objetivos y metodología.....	1
2. Estado de la cuestión.....	4
2.1. Patriarcado. Modelando la maternidad	
2.2. Esclavitud. Fragmentando la maternidad	
3. Análisis comparativo.....	12
3.1. <i>Del amor y otros demonios</i> , de Gabriel García Márquez	
3.2. <i>Beloved</i> , de Toni Morrison	
3.3. Distorsión de la maternidad en Bernarda Cabrera y Sethe	
4. Conclusión.....	27
5. Bibliografía.....	29

1. INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Sumisa o rebelde, entregada o loca, pura o promiscua; en definitiva, ¿buena o mala madre? A lo largo de la historia las mujeres se han enfrentado a este tipo de calificativos que han condicionado y servido para juzgar la maternidad. Sin embargo, estos calificativos no han sido invención nuestra, sino de la sociedad patriarcal y heterosexual en la que vivimos, que ha configurado la maternidad sin tener en cuenta la experiencia y la vivencia emocional de las mujeres, olvidándose de que más allá del acto biológico de gestar, parir y criar, las mujeres son seres humanos con deseos y sentimientos propios que afrontan de diversas maneras una experiencia compleja, determinante en sus vidas y profundamente íntima. Pero más que todo eso, la maternidad ha sido durante siglos una institución modelada por el patriarcado con fines políticos, religiosos y económicos.

La lucha constante de las mujeres por abrirse un hueco en la sociedad patriarcal hizo que durante el siglo pasado aflorasen diversos estudios sobre la figura femenina y la maternidad, que aunque sigue siendo un tema muy discutido y controvertido en la actualidad, sobre todo desde el propio feminismo, ha permanecido durante mucho tiempo al margen de los estudios académicos. Así expresa Adrienne Rich que «sabemos mucho más acerca del aire que respiramos o de los mares que atravesamos que acerca de la naturaleza y del significado de la maternidad» (1996: 45). Estos estudios serán esenciales no solo para comprender los fundamentos de dicha institución y renovar la imagen de las mujeres, sino para promover su reafirmación como ser individual y devolverle su potestad en lo que a la vivencia de la maternidad se refiere.

La domesticación de la maternidad en la cultura occidental alienó a las mujeres de tal institución, privándoselas de cualquier decisión. Pero no solo el patriarcado y sus efectos han sido demoledores, sino que otras instituciones que marcaron la vida y la historia de gran parte de los países del continente americano como la esclavitud han hecho que ser madre fuera una experiencia frustrante pues, al ser tratadas como un objeto, «she was a breeder, not a mother»¹ (Wagner-Martin, 2014: 68). Tomando como base estas ideas y reflexiones voy a centrar mi estudio sobre la maternidad, y más concretamente, la maternidad que se refleja en *Beloved*, obra de Toni Morrison, y la

¹ «Ella era una criadora, no una madre» (Wagner-Martin, 2014: 68).

novela *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez. Como ha ocurrido con tantas otras circunstancias olvidadas por los discursos históricos oficiales, la literatura ha sido uno de los canales fundamentales a través de los cuales se ha dado expresión a las realidades de la maternidad, más allá de lo prefijado y exigido, de la invisibilidad y el pudor que el patriarcado ha establecido como instrumento de control. Considero esencial el tema de la maternidad porque, como bien apunta Adrienne Rich, tanto mujeres como hombres deben continuar luchando día a día para «que las mujeres consideren seriamente la empresa de descubrir qué sentimos, en lugar de aceptar lo que nos han inculcado que deberíamos sentir» (1996: 382). A este respecto las obras de Toni Morrison y Gabriel García Márquez son primordiales, pues consiguen que los y las lectoras tomen conciencia y puedan adoptar una posición crítica frente a las diferentes instituciones que han dominado y constreñido las vidas de tantas mujeres y sus familias. De este modo, la literatura se vuelve indispensable para la construcción de un mundo más igualitario y justo despertando sensibilidades, agudizando percepciones estéticas y emocionales y propiciando una comprensión más global de las realidades históricas, complementando otro tipo de discursos como los políticos, históricos o religiosos.

En este Trabajo de Fin de grado pretendo demostrar cómo Morrison y García Márquez retratan en sus novelas un entorno patriarcal y esclavista que distorsiona la maternidad fragmentándola, que establece un divorcio entre la función pública asignada a la mujer-madre y su vivencia real, haciendo que las mujeres lleguen a cometer actos atroces. En *Beloved*, Sethe, su protagonista, es madre de tres vástagos; estando embarazada del cuarto, decide huir de las garras de la esclavitud. Aterrada ante la posibilidad de ser capturada de nuevo, decide poner fin a su vida y la de sus descendientes, llegando a acabar solo con su hija de apenas dos años. Es una historia desgarradora que nos muestra cómo la esclavitud dio lugar a un modelo de maternidad contrario al esperado y al deseado, inhumano en su cosificación de las mujeres y en la negación de su intimidad. En *Del amor y otros demonios* la enajenación de las mujeres como consecuencia del diseño social de la maternidad se enfoca desde otra clase social, la dominante, mostrando que los efectos humanos del patriarcado se produjeron en todas las clases sociales y en todas las etnias que convivieron en la multicultural Cartagena de Indias. Entre otras historias, García Márquez cuenta la de Bernarda Cabrera, obligada por su padre a casarse con el marqués de Casaldueño. De ese matrimonio sin amor nace Sierva María de todos los Ángeles, hija que Bernarda

desprecia desde su nacimiento. Mordida por un perro con rabia, a pesar de no presentar signos visibles de estar enferma, Sierva María es ingresada en el convento de las clarisas para ser exorcizada por Cayetano Delaura, del que se enamora, confundiendo en la amplia categoría de lo demoníaco todas sus singularidades, inesperadas en una niña blanca de alta clase social: su conocimiento de lenguas y cantos africanos, su amor por la música y la poesía, su larga cabellera roja, su desconocimiento de las normas elementales de cortesía y comportamiento en la élite cartagenera, su condición de niña inclasificable e indomesticable. Bernarda, trastornada por la muerte de su amante, no intentará salvar a la niña de las torturas a las que está sometida, obligada a vivir el amor carnal y el maternal como realidades excluyentes. A diferencia de Sethe, Bernarda rechaza la maternidad por ser el resultado de un matrimonio forzado y de su sometimiento traumático a unas convenciones sociales que la hacían elegir entre su pulsión sexual y la idea oficial de madre entregada y ejemplar.

Para defender la tesis principal de este ensayo se plantean los siguientes objetivos. En primer lugar, será primordial una ilustración genérica de la historia de la maternidad como institución y cómo el patriarcado la ha condicionado y modelado para sus fines desde el principio de nuestros tiempos. Para ello, usaré como fuentes primarias las obras de Adrienne Rich, Raquel Royo Prieto, Pierre Bordieu y Jean Delumeau. En segundo lugar, me centraré en la influencia que tiene la esclavitud en la mujer y la maternidad, para lo que serán de gran ayuda las obras de Deborah Gray White y Hazel V. Carby, entre otras voces críticas. Finalmente, analizaré las dos novelas citadas de Toni Morrison y Gabriel García Márquez centrándome en dos personajes, Sethe y Bernarda Cabrera, para estudiar cómo la esclavitud y el patriarcado junto con la opresión ejercida por ambos sistemas han distorsionado su experiencia maternal. Para ello, el uso de las fuentes primarias citadas será esencial, aunque también he recurrido a fuentes secundarias, como artículos de revistas y algunos capítulos de libros muy representativos para la profundización del tema a tratar.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

2.1. Patriarcado. Modelando la maternidad

El hombre ha buscado un responsable al sufrimiento, al fracaso, a la desaparición del paraíso terrestre, y ha encontrado a la mujer. ¿Cómo no temer a un ser que no es nunca tan peligroso como cuando sonríe? (Delumeau, 1989: 477)

La maternidad ha sido configurada en Occidente a beneficio del patriarcado desde el inicio de los tiempos con argumentos religiosos, culturales, sociales e incluso científicos. Sin embargo, no es este el único aspecto de la vida de las mujeres que el patriarcado ha usado para someterlas, pues nuestra historia intelectual y moral se ciñe a un punto de vista masculino, cuyas normas y modos de comportamiento concuerdan muy poco con la realidad vital de las mujeres. Pero, ¿dónde está el origen de esa diferenciación posteriormente argumentada y fomentada entre el hombre y la mujer? Pierre Bordieu, en su reveladora obra *La dominación masculina*, afirma que «la diferencia anatómica entre los órganos sexuales, puede aparecer [...] como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, y en especial de la división sexual del trabajo» (2000: 24).

La diferencia entre hombres y mujeres reside en el cuerpo, pero la asociación de la mujer y su cuerpo con lo negativo y lo inferior proviene de las polaridades positivo-negativo que han marcado el desarrollo de «nuestro aprendizaje intelectual» (Rich, 1996: 114). La vagina, considerada como «falo invertido» (Bordieu, 2000: 27), ha sido vinculada con la polaridad negativa puesto que el hombre, tratado como medida de todo, se erigió con la positiva. Esta oposición se ha complementado con otras igualmente evaluativas como fuerte-débil o poderoso-sometido, correspondiéndole a la mujer la opción de débil y sometida. Este orden, justificado y argumentado tanto por las raíces clásicas como por las judeocristianas de Occidente, se ha mantenido inamovible durante siglos convirtiéndose en algo “natural” para hombres y mujeres.

Estas diferencias marcaron también la división sexual del trabajo, asignándose a las mujeres la tarea de parir y criar a su descendencia. Es difícil saber cómo se valoraba esta función en sociedades anteriores a Grecia y a Roma, pero en estas, que están en el origen de la nuestra, las mujeres, privadas de educación, «se vendían en matrimonio y

no cumplían papel alguno excepto el de productoras de descendencia» (Rich, 1996:191), intensificándose así el dominio masculino en la sociedad. Este androcentrismo continuó fortaleciéndose con la consolidación del cristianismo, que proporcionó nuevos argumentos; pero si hay un momento en el que la imagen de la mujer se desvirtúa todavía más, adquiriendo una dimensión fuertemente moral, es en la Edad Media, pues el miedo al fin del mundo, generado por diversas crisis y epidemias, encontró en la mujer y los judíos -identificados con el pelo rojo, como Sierva María de *Del amor y otros demonios*- a los auténticos aliados de Satanás. Se alababa la castidad y la virginidad, virtudes necesarias para ir al paraíso si llegaba el fin del mundo, por lo que la Iglesia atacó duramente a aquellas mujeres que podían “tentar” a cualquier cristiano y alejarlo del reino de Dios. Considerada una amenaza de la virtud por naturaleza, «someter a la mujer es dominar el carácter peligroso que se atribuye a su impureza fundamental» (Delumeau, 1989: 477), por lo que fue tratada como un objeto peligroso al que controlar y vigilar, pasando de ser propiedad del padre a ser propiedad del esposo. Sin embargo, no solo la Iglesia atacó a la mujer. También la ciencia proporcionó argumentos para su estigmatización e incrementaban el arquetipo que reforzaba su "inferioridad" y su "negatividad". Los médicos más importantes del Renacimiento la definieron como «un macho mutilado e imperfecto; un defecto, cuando no se puede hacer mejor» (ibíd., p. 506), infravalorándose así el cuerpo femenino que, cada vez más, fue convirtiéndose en tabú. Esta polaridad hombre-mujer, con sus correspondientes características y valores asignados, dio lugar a un modelo de familia patriarcal que fue consolidándose progresivamente hasta convertirse casi en exclusivo en el siglo XIX, con su «posesividad material, física y emocional, su ideal de matrimonio monogámico hasta la muerte, [...] la dependencia económica de las mujeres, el servicio doméstico no retribuido, la obediencia de las mujeres y de los hijos e hijas a la autoridad del hombre» (Rich, 1996: 109-110).

Esta concepción de la familia, perfecta y necesaria para conservar el orden social y económico, dio paso a una nueva forma de considerar el hogar familiar. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, en plena Revolución Industrial, las mujeres empezaron a salir de casa para trabajar, lo cual no era bien visto por los hombres de la época que transformaron el hogar en el único ámbito al que se debían las mujeres. Si cumplían ciertos requisitos establecidos por el patriarcado, serían consideradas buenas esposas y madres, premiadas y alabadas por ello, aplaudidas e idealizadas por el

cumplimiento correcto de su función. Si se desviaban, serían tratadas como objetos sexuales o depravadas, castigadas, estigmatizadas y reprobadas por su desobediencia. En un limbo invisible permanecía la cuota de mujeres destinada a la satisfacción de los deseos sexuales masculinos, generalizándose una doble moral esquizofrénica para las mujeres, obligas a disociar sexo y amor, deseo y maternidad. En este momento la imagen femenina se desvirtúa aún más, pues aquellas que no desempeñaban fielmente el papel de madre abnegada, establecido como innato a la figura femenina, eran consideradas monstruos; las mujeres independientes que trataban de escapar de ese modelo vital eran tratadas como asexuadas, frías o perversas; aquellas que no tenían hijos eran percibidas como «la peor amenaza contra la hegemonía masculina» (Rich, 1996: 360); las estériles, como una maldición y un castigo; las que tenían un hijo ilegítimo, ya fuese por voluntad propia o por una violación, eran consideradas unas marginadas y pecadoras. En definitiva, las mujeres representaban un papel asignado por el patriarcado y la presión psicológica de ser una “buena madre” podía llevarlas a «la anulación de la autonomía como seres humanos o a la culpabilidad» (Royo Prieto, 2011: 28) cuando no conseguían encajar en tal papel. Esa culpabilidad denotaba el triunfo de la mirada del hombre sobre las mujeres, que interiorizaban los juicios negativos sobre ellas y acababan viéndose como monstruosas encarnaciones del mal.

Adrienne Rich o Jean Delumeau, entre otros, y desde diversas formaciones filosóficas, consideran que el patriarcado se ha esforzado especialmente en controlar la maternidad por miedo, pues al ser la gestación, el parto y la crianza experiencias únicamente femeninas se convertían en un misterio inalcanzable que les causaba cierta inseguridad. Ese temor, muchas veces incluso horror, ha desembocado en odio «hacia cualquiera de los otros aspectos creativos de la mujer» (Rich, 1996: 80), y por este motivo el patriarcado ha intentado controlarla y dominar su capacidad creadora. Confinadas en el ámbito doméstico, durante siglos fue todo un escándalo que realizaran alguna tarea fuera del hogar, pues era visto como «un intento por convertirse en hombres o de escapar a las tareas verdaderas de la feminidad adulta: el matrimonio y los hijos» (ibíd., p. 80).

La reclusión entre cuatro paredes fue insufrible e invivible para muchas mujeres, y así lo demuestran algunas figuras emblemáticas como Sor Juana Inés de la Cruz, May Astell, Mary Hays o Mary Wollstonecraft, que supusieron una revolución en su época buscando estrategias para escapar del molde o, posteriormente, luchando por los

derechos de las mujeres. Sin embargo, la sociedad parecía estar preparada solo para la revolución en el trabajo por razones estrictamente económicas y no para un cambio en el trato a la mujer, por lo que el discurso victoriano las calló y atacó constantemente. La historia del feminismo va acompañada de la historia de los ataques, ridiculización y menosprecio del feminismo, a pesar de tratarse de un elemento fundamental en la historia de las mentalidades; y aunque a día de hoy los derechos de las mujeres han evolucionado bastante, aún queda mucho por hacer. Anteriormente hablábamos de las polaridades positivo-negativo, algo que el pensamiento feminista considera necesario erradicar pues de este modo, «reafirmamos la existencia de todos aquellos que han sido definidos negativamente a través de los siglos: no solo las mujeres, sino también los intocables, los poco hombres, los que no son blancos» (ibíd., p. 114). Con la aceptación del otro y la otra y el aprecio de sus propios valores, comienza a ser posible imaginar que la familia patriarcal no es tan indispensable ni natural como se creía.

Desde el momento en el cual el feminismo asumió su nombre y tomó conciencia de sí como pensamiento y como línea de acción social, las mujeres comenzaron un proceso imparable y constante en la lucha por sus derechos y libertades, y en la definición individual y libre de sus identidades. Los deseos y los anhelos vitales de las mujeres van más allá de la maternidad impuesta como norma, del confinamiento entre cuatro paredes o de los mitos negativos que han condicionado la construcción de sus identidades, a lo que hay que añadir que la maternidad, como experiencia compleja, profunda e íntima, exige ser tratada sin tabúes y abordada, en todas sus manifestaciones y aspectos, por las mujeres mismas también. La olvidada historia de las mujeres ha sido también la olvidada historia de la maternidad como institución, con sus errores y aciertos. La literatura ha sido y es una vía de expresión de este y otros olvidos.

2.2. Esclavitud. Fragmentando la maternidad

This soil is bad for certain kinds of flowers. Certain seeds it will not nurture, certain fruit it will not bear, and when the land kills of its own volition, we acquiesce and say the victim had no right to live. We are wrong, of course, but it doesn't matter. It's too late (Morrison, 1999: 204)².

A lo largo de la historia, las relaciones entre los seres humanos han sido casi sin excepciones relaciones de poder y, en consecuencia, de jerarquización, sometimiento e imposición. La creación de las grandes naciones se ha forjado a través del dominio de muchas personas que fueron tachadas de diferentes, seres sin alma o portadores del mal. El patriarcado no solo doblegó a la mujer, sino que millones de personas han sufrido esclavitud a lo largo de la historia, siendo sometidas a la tiranía de quienes estaban en el poder para satisfacer sus necesidades, principalmente económicas.

Es sabido que en la sociedad mesopotámica y egipcia ya se practicaba la esclavitud, pues los prisioneros de guerras eran aprovechados como mano de obra en vez de ser sacrificados. Lo mismo sucedió en Grecia y Roma, primeras sociedades esclavistas. Sin embargo, la venta y el tráfico de personas se masificó con la colonización de América, a lo que hay que sumar la ideología racista que acompañó a este comercio y lo justificó moralmente. Esta ideología fue creciendo con argumentos religiosos y debido a la presencia del racismo científico, una pseudo ciencia que consideraba la raza negra inferior a las demás (Kuper and Kuper, 2004: 716). Para demostrarlo se basaban en la craneometría, que estipulaba que un cráneo mayor correspondía a una raza más inteligente y superior. Además, también creían que las personas africanas no tenían alma, una bestialización que justificó la esclavitud de los pueblos africanos como antes, en el ámbito hispánico, había servido para justificar el sistema de las encomiendas o la aniquilación de los pueblos aborígenes de América.

Los siglos XVII y XVIII supusieron un continuo flujo de tráfico de personas, que eran capturadas y compradas en África y hacinadas en barcos que se dirigían a América “sin retorno” para ser esclavizados de por vida. Torturadas brutalmente y despojadas de

² Esta tierra es mala para ciertos tipos de flores. Ciertas semillas no se nutrirán, alguna que otra fruta no lo resistirá, y cuando la tierra mate por su propia voluntad, asentiremos y diremos que la víctima no tenía derecho a vivir. Estamos equivocados, por supuesto, pero no importa. Es demasiado tarde (Morrison, 1999: 204).

sus raíces, no se les permitía tener nombre, ni casarse, ni disfrutar de posesión alguna a excepción de las migajas que sus dueños les proporcionaban: restos de comida, una muda de ropa o una cabaña donde dormir en el suelo. La Ley de Esclavos Fugitivos en los Estados Unidos, promulgada en 1793, empeoró su situación, pues muchos afroamericanos libres fueron esclavizados. Con la Guerra Civil americana (1861-1865) comienza a vislumbrarse un atisbo de luz en tal encarnizada empresa, pues los esclavos, una vez promulgada la Proclamación de Emancipación (1863), pudieron optar a ser libres por primera vez. Sin embargo, muchos no tenían clara la efectividad de tal proclamación, por lo que dudaban entre «a more secure “belonging” -even at the cost of slavery- and a desired but dangerous freedom -even at the cost of life itself»³ (Fulweiler, 1996: 331).

En el ámbito hispánico la esclavitud fue real y legal hasta finales del siglo XIX, aboliéndose de manera definitiva en 1888 tras un proceso complejo, lento y gradual en la liberación de las personas que seguían concibiéndose como esclavas. En Estados Unidos, con la ratificación en 1865 de la Decimotercera Enmienda a la Constitución, se prohíbe la esclavitud y la servidumbre involuntaria, un logro que acabó con siglos de agonía, y supuso el inicio de una nueva mentalidad. Las personas liberadas eran principalmente componentes de familias separadas por el comercio negrero, que en pocas ocasiones lograban volver a verse. Además, al no tener trabajo ni hogar propio, su calvario parecía no terminar, y convertirse en un ciudadano modelo en la renovada nación americana se convirtió en una ardua tarea, pues nadie puede negar «the difficulty of becoming a subject when all ways to define a human are denied»⁴ (Schreiber, 2010: 4).

La esclavitud estigmatizó a millones de personas de por vida. Por su género, las mujeres negras fueron humilladas y castigadas de múltiples formas, afectándole no solo a su cuerpo y su estado mental, sino a la imagen que proyectó de ellas este sistema. Las esclavas eran caracterizadas en América como «infantile, irresponsible, submissive, and promiscuous»⁵ (White, 1987: 27), pues su cultura y su desnudez, propias de África,

³ «una “pertenencia” más segura -incluso a costa de la esclavitud- y una deseada pero peligrosa libertad -incluso a costa de la vida misma» (Fulweiler, 1996: 331).

⁴ «la dificultad de convertirse en un sujeto cuando todas las formas de definir a un ser humano son denegadas» (Schreiber, 2010: 4).

⁵ «infantiles, irresponsables, sumisas y promiscuas» (White, 1987: 27).

fueron tomadas por los europeos como una muestra de indecencia. Deborah White destaca que durante la época de esclavitud aparecieron dos imágenes mitológicas de la mujer negra que prevalecieron sobre las demás: la imagen de “mammy”, mujer asexual y entregada al cuidado del hogar y la descendencia de sus amos, y el estereotipo de “Jezebel”, prototipo de mujer insaciable con una tentadora sensualidad. Se trataba, claro está, de una exacerbación extrema de los arquetipos que determinaban la identidad de las mujeres blancas. Mientras que la primera era «the personification of the ideal slave, and the ideal woman, [...] symbol of the patriarchal tradition»⁶ (ibíd., p. 58), la segunda era considerada «a person governed almost entirely by her libido»⁷ (ibíd., p. 29). Sin embargo, la imagen de la mujer negra como matriarca es la más conocida de todas. Esta imagen aparece debido a las relaciones igualitarias entre esclavos, y al posicionamiento de la mujer como figura nuclear de la familia pues, «slave couples had no property to share, and essential needs like food, clothing, and shelter were not provided by slaved husbands»⁸ (ibíd., p. 153). Esta imagen de matriarca que se apoyaba en otras mujeres hizo que la mujer negra se granjeara atributos masculinos que desvirtuaban más su imagen.

En pleno siglo XIX, cuando la principal preocupación de la nación era custodiar a la mujer en casa y protegerla, la mujer negra no gozaba de tales “privilegios”, ya que no era considerada «a true woman»⁹ (Carby, 1987: 25), cuyas virtudes eran «piety, purity, submissiveness and domesticity»¹⁰ (ibíd., p. 23). Una “proper lady” se dedicaba por completo al hogar y reprimía su sexualidad. Las esclavas, relegadas a un orden inferior, eran sometidas a largas jornadas de trabajo y sufrían torturas y violaciones que eran justificadas por su sensualidad lujuriosa, calificada como un artificio del maligno. Por esta razón, siempre eran consideradas culpables de cualquier agresión sexual de la que

⁶ «la personificación de la esclava ideal, de la mujer ideal, [...] símbolo de la tradición patriarcal» (ibíd., p. 58).

⁷ «una persona gobernada casi por completo por su libido» (ibíd., p. 29).

⁸ «las parejas de esclavos no tenían propiedad que compartir, y las necesidades básicas como comida, ropa y refugio, no eran proporcionadas por los esposos esclavos» (ibíd., p. 153).

⁹ «una auténtica mujer» (Carby, 1987: 25).

¹⁰ «piedad, pureza, obediencia y domesticidad» (ibíd., p. 23).

fueran víctimas, pues «the female slave was held responsable for being a potential, and direct, threat to the conjugal sanctity of the white mistress»¹¹ (ibíd., p. 27).

La crueldad de la esclavitud explotó lo último que le quedaba a la mujer negra: su maternidad. Su supuesto insaciable deseo sexual hacía que se las considerase más fértiles que a las mujeres blancas. Sin embargo, no fue hasta mediados del siglo XVIII cuando los esclavistas advirtieron del rentable negocio que podía suponer la maternidad (White, 1987: 67), pues si cada esclava tenía cinco hijos, ello suponía un ingreso de dinero extra o más mano de obra gratis. Por tanto, la esclavitud en América pasó a depender del vientre de la mujer negra. «Once reproduction became a topic of public conversation, so did the slave woman's sexual activities»¹² (ibíd., p. 31), por lo que las esclavas debían mantener relaciones sexuales obligatoriamente para quedar embarazadas. Para tal propósito, los amos les buscaban un compañero o abusaban de ellas para su propio beneficio económico.

Este infierno que las animalizó al extremo hizo que muchas mujeres enloquecieran; otras, al ver que les arrebataban a sus vástagos, huían, se suicidaban o se rebelaban. Con todo, lo más común entre las esclavas fue el infanticidio, para evitar a su prole el sufrimiento de la esclavitud. Esto hizo que se las considerase carentes de instintos maternos y se incrementara su demonización. Al ser maltratadas, violadas, deshonradas, heridas y despreciadas, ¿quién no se sentiría una extraña en su propio cuerpo?, ¿quién tendría valor para volver a empezar y encontrar su identidad, robada por tantos años de esclavitud? «It was difficult for black women to assume roles other than those held in slavery, it was equally difficult for them to escape the myths of black womanhood»¹³ (ibíd, p. 164), pero con ayuda, no recorrerían solas el arduo viaje que supuso para ellas su libertad y el descubrimiento de sí mismas.

¹¹ «la mujer esclava era considerada responsable por ser una amenaza, directa y en potencia, de la santidad conyugal de la señora blanca» (ibíd., p. 27).

¹² «Una vez que la reproducción se convierte en tema de conversación pública, también lo hacen las actividades sexuales de la mujer esclava» (ibíd., p. 31).

¹³ «Era difícil para las mujeres negras asumir otros roles a los ejercidos durante la esclavitud, era igualmente difícil para ellas escapar de los mitos de la femineidad negra» (ibíd., p. 164).

3. ANÁLISIS COMPARATIVO

3.1. *Del amor y otros demonios*, de Gabriel García Márquez

Gabriel García Márquez publicó en 1994 *Del amor y otros demonios*. Detrás de las historias de amor frustradas que leemos en la novela, podemos apreciar un perfecto lienzo de la Cartagena colonial de finales del siglo dieciocho donde destacan el contrabando y el tráfico de esclavos, «la animación de la vida portuaria y la decadencia de la aristocracia criolla» (Camacho Delgado, 2006: 115) y también la degeneración y el declive de las instituciones religiosas. Buena parte de la crítica considera que esta obra condena el deteriorado orden colonial en Cartagena de Indias, y muestra el absurdo de una moral anacrónica y discriminatoria que se basaba en la exclusión y demonización de lo otro, un 'lo otro' que dominaba en cantidad y en presencia subterránea la realidad de una colonia que la heterodoxia hispánica era incapaz de contener. Violencia y demonización, Imperio y Contrarreforma seguían intentando a finales del siglo XVIII en la costa caribeña de Colombia establecerse como norma social y cultural. Diógenes Fajardo considera que varios «serán los personajes que identifican no ya a una persona con el demonio, sino la cultura misma» (1998: 95), como se ve en la demonización de las mujeres atípicas, la ciencia y sobre todo la cultura africana en la novela. Según este crítico, García Márquez pretende rendir tributo a la cultura africana y devolverle el lugar y el protagonismo que merece en la Colombia costeña. Michael Palencia-Roth determina que en la obra hay un enfrentamiento de culturas donde los oprimidos, principalmente esclavos y mujeres, «están en un continuo encarcelamiento» (1997: 115). Del mismo modo, Whittingham y Silva apuntan que nos encontramos ante «un ambiente que relega a las razas africanas e indígenas a los márgenes y prostituye o condena a la mujer» (1998: 66-67), lo que les impedirá construir su propia identidad.

Esta colonia opresiva no es un lugar idóneo para el amor, pues se trata de «un amor dolorido y doliente, [...] en el que la pasión está sometida a la decadencia y a la cochambre ética del entorno» (López de Abiada, 1996: 150). Muchas investigaciones identifican el amor en esta novela como una enfermedad, como Conrado Zuloaga que lo considera «voraz y demoledor; [...] y bien podría equipararse a la peste» (1993: 15). José Manuel Camacho Delgado también compara el amor con una posesión demoníaca o una epidemia que provoca efectos como «la insolidaridad, el miedo, la superstición o la conciencia de culpa» (2006: 117). Más que el amor en sí, lo que García Márquez

muestra como nefasto y enfermizo es la construcción cultural del amor, la idea o imagen social y libresca del amor occidental, que para el autor colombiano es una enajenación del amor verdadero, sepultado por esas construcciones del amor que analiza y denuncia en otras dos novelas más que constituyen con la nuestra una trilogía: *Crónica de una muerte anunciada* y *El amor en los tiempos del cólera*. Como ejemplo principal tenemos a Cayetano Delaura que, al enamorarse de Sierva María, desorientado por el cúmulo de ideas impuestas, considera el amor una maldición, lo viste de los ropajes del amor cortés pervirtiendo la autenticidad de su sentimiento y sufre constantes sentimientos de culpa por sentir emociones que le parecen una ruptura punible de los votos sagrados de la Iglesia. Pero lo terrible de la sociedad moral, económica, cultural y religiosa que describe García Márquez es que no hay espacio para el amor como sentimiento auténtico sino constantes prejuicios e imposiciones que convierten el amor en sufrimiento.

Tanta opresión y discriminación, la brecha entre la norma que se debe cumplir y las experiencias vitales reales, que no caben en aquella, hacen que las rígidas estructuras coloniales acaben erosionándose como los poderosos edificios que las sostuvieron: conventos, casas palaciegas, las murallas que separaban el puerto de la ciudad letrada. La niña protagonista de la novela es la grieta que hace que todo se venga abajo mostrando su fracaso. Diógenes Fajardo señala que Sierva María, «símbolo de la hibridez afrocaribeña» (1998: 93), supone un desafío a la política colonial del momento pues ella «será la piedra de escándalo para la familia, para la sociedad, para la iglesia, es decir, para toda autoridad» (ibíd., p. 94). Pero la madre de Sierva María, Bernarda Cabrera, también es un personaje clave en el que se aprecia la ruptura de las convenciones sociales. Obligada a casarse con el marqués y reprimida sexualmente, decide satisfacer su pasión frustrada, una pasión «únicamente tolerada en el hombre» (Whittingham y Silva, 1998: 61), con el esclavo Judas Iscariote, desviándose así del rol de buena madre y esposa, y uniéndose a un hombre no reconocido por la autoridad central. Otra visión de la degradación de las instituciones sociales la propone Margaret Olsen, pues considera que el poco control que tiene España sobre la colonia se representa en esta obra a través de «la transferencia del poder a sectores que no son masculinos, ni europeos ni criollos» (2002: 1071), una transferencia apenas visible pero real que las autoridades españolas y criollas no pueden evitar. Por ejemplo, Dominga de Adviento, gobernanta principal de la casa, una mujer negra que organiza el rumbo del

hogar y lo reconquista sigilosamente; o la citada Bernarda Cabrera, una mestiza que se encarga de los negocios familiares en lugar de su marido, incapaz de liderar ninguna empresa; o Judas Iscariote, esclavo que nunca se somete a Bernarda. Podemos comprobar que «la jerarquía tradicional de raza, género y poder se subvierte en la novela» (ibíd., p. 1072), mostrando así la poca eficacia de las instituciones españolas y su moral tradicional.

Toda una construcción ideológica convertida en autoridad se esfuerza por someter a finales del siglo XVIII a las mujeres de una colonia en decadencia, afectando a su desarrollo personal, haciendo que rompan las normas preestablecidas y acaben siendo vistas como seres monstruosos, lo cual influye también en su figura como madres. Sin embargo, la maternidad en *Del amor y otros demonios* no ha sido objeto de estudio en la crítica dedicada a la obra del Nobel aún, por lo que nos parecía esencial estudiar la influencia del entorno en la maternidad de Bernarda Cabrera como un componente más de la crítica y el retrato que ofrece en la novela García Márquez. En Bernarda Cabrera podemos ver encarnados los males de la Cartagena colonial y cómo estos acaban distorsionando su afectividad desde el sexo hasta el instinto maternal, haciendo de ella un ser enajenado, que tan solo se preocupa por satisfacer sus pasiones, reprimidas desde su infancia, incapaz de conciliar deseo con amor, su rol de amante con el de madre, según ha aprendido e interiorizado como parte de la cultura dominante.

3.2. *Beloved*, de Toni Morrison

A diferencia de la obra de García Márquez, en *Beloved*, publicada en 1987 y gracias a la cual Toni Morrison ganó el Premio Nobel de Literatura, la maternidad ha sido ampliamente abordada por la crítica. La novela abarca un periodo de tiempo comprendido entre los años anteriores a la Guerra Civil americana hasta después de su fin. La protagonista, Sethe, viaja desde la plantación de Kentucky en la que trabaja hasta el estado libre de Ohio para reunirse con su prole, aunque el final no será como esperaba, pues por temor a ser capturada de nuevo acaba con la vida de su hija de dos años.

Según varios estudios, la obra de Toni Morrison puede tener un doble propósito. Por un lado, Pamela B. June considera que refleja el oscuro legado de la esclavitud y la

importancia de la cultura africana (2010: 23). En sus investigaciones determina que el sufrimiento de *Beloved* representa a los «Sixty Million and more»¹⁴ (Morrison, 2010) sin nombre que perecieron bajo el yugo de la esclavitud. Por otro lado, Terry Paul Caesar señala que es «an exploration of what it means for Sethe to “own” herself»¹⁵ (1994: 114), pues tendrá que adaptarse poco a poco a ser libre y a valorarse como ser humano.

De entre todas las personas esclavizadas, las mujeres negras sufrieron de manera particular pues además de ser torturadas física y psicológicamente, se construyó en torno a ellas una red de prejuicios y mitos que degradaban su imagen, lo cual ha sido objeto de estudio en múltiples investigaciones. Vanessa D. Dickerson, que analiza las consecuencias de la esclavitud en la imagen de la mujer afroamericana, apunta que el cuerpo de la mujer negra era «not sacred but profane, not angelic but demonic»¹⁶ (2001: 196). La sociedad determinó que la esclava negra era, con argumentos que lo justificaban, inferior a la dama blanca, por lo que eran tratadas de forma diferente «by their presumed innate impurity and of course by the rapes [...] which ironically contributed to the notion of promiscuity among them»¹⁷ (Babamiri, 2015: 30). Este estereotipo tan denigrante las hacía parecer sexualmente disponibles, siendo víctimas constantes de abusos sexuales que nunca se consideraron delito ni daño para quienes los sufrían. Su imagen acabó tan degradada que su función se relegó a la de incubadora que, sin coste alguno, aportaba nueva mano de obra. Tal y como señala Linette D. Myles, que compara la imagen que se tenía de la esclava con la de la mujer victoriana, «the slave master tries to have complete control over the female body»¹⁸ (2009: 24), destruyendo cualquier posibilidad de valorarse a sí misma y forjar una identidad propia.

¹⁴ «Sesenta millones y más» (Morrison, 2010).

¹⁵ «una exploración de lo que significa para Sethe “ser dueña” de sí misma» (Caesar, 1994: 114).

¹⁶ «no sagrado sino profano, no angelical sino demoníaco» (Dickerson, 2001: 196).

¹⁷ «por su supuesta impureza innata y, por supuesto, por las violaciones [...] que irónicamente contribuían a la noción de promiscuidad entre ellas» (Babamiri, 2015: 30).

¹⁸ «el amo de los esclavos intenta tener control completo sobre el cuerpo femenino» (Myles, 2009: 24).

Esa imagen negativa también condicionó su maternidad, pues tales atrocidades «vitiates the relationship between women as mother and daughters»¹⁹ (Babamiri, 2015: 30). La crítica ha analizado en múltiples ocasiones la maternidad en *Beloved*, pero en este caso nos centraremos en dos perspectivas concretas: la maternidad como sinónimo de esclavitud y los trastornos que la esclavitud causó en la maternidad. Rebecca Stone compara la maternidad a la esclavitud, pues en ambas «unnaturally or naturally, human bodies possess other human bodies»²⁰ (2015: 300). Igualmente lo hace Terry Caesar que considera la maternidad y la esclavitud «convertible terms»²¹ (1994: 112). Según estas investigaciones, Sethe antepone su rol como madre a ella misma convirtiéndose en una esclava de su prole. Sus años como esclava no le han dado la oportunidad de valorarse, pero la maternidad tampoco le aporta la libertad esperada. La segunda perspectiva a tratar enfoca los trastornos que sufren las madres esclavas. Aamer Shaheen expone que «a slave cannot own. Not her individuality. Not her children. Not her milk. Nothing is sacred for those enslaved»²² (2014: 202), por lo que veían cómo les arrebataban a sus vástagos sin poder hacer nada, lo que daba lugar a familias fragmentadas que sufrían graves trastornos mentales.

Estas atrocidades acarrearón a millones de mujeres un estado absoluto de fragmentación «bodily, cultural, sexual and racial»²³ (June, 2010: 23). Sin embargo, «the recognition of the self [...] is not posible without communal help»²⁴ (Shaheen, 2014: 201), por lo que las mujeres negras, apoyadas en su comunidad, comenzaron a valorarse, algo que la esclavitud les había negado en beneficio del sustento de la sociedad patriarcal.

¹⁹ «corrompen la relación entre las mujeres como madres e hijas» (Babamiri, 2015: 30).

²⁰ «extraña o naturalmente, cuerpos humanos poseen otros cuerpos humanos» (Stone, 2015: 300).

²¹ «términos intercambiables» (Caesar, 1994: 112).

²² «una esclava no puede poseer. No su individualidad. No a sus hijos. No su leche. Nada es sagrado para aquellos que están esclavizados» (Shaheen, 2014: 202).

²³ «corporal, cultural, sexual y racial» (June, 2010: 23).

²⁴ «el reconocimiento de uno mismo [...] no es posible sin ayuda comunal» (Shaheen, 2014: 201).

3.3. Distorsión de la maternidad en Bernarda Cabrera y Sethe

3.3.1. Bernarda Cabrera

En la Cartagena del siglo XVIII lo diferente era visto como una artimaña del maléfico, ya fuese una cultura, una raza o una religión. Testimonio sincrético y completo de ese proceso de demonización de lo otro que caracterizó los comportamientos del poder colonial en América es *Del amor y otros demonios*, que nos presenta a diferentes personajes en los que la presión social y moral derivada de ese mecanismo acabó deteriorando su identidad y su conducta. En esta ocasión nos centraremos en uno de ellos, Bernarda Cabrera, el menos atendido por la crítica. La mayoría de los pocos estudios que hablan de ella suelen considerarla en el grupo de los victimarios dentro de la sociedad dual que retrata García Márquez en lo que respecta a las relaciones de poder, pero pensamos que el suyo es un caso más complejo y que, en gran medida, esta mujer mestiza es también una víctima de la tiranía e intransigencia de la norma a pesar de su prometedor matrimonio con un marqués. Casada contra su voluntad, pasional y dotada para las actividades comerciales, Bernarda Cabrera acaba siendo transformada por el patriarcado en un ser frío, incapaz de sentir aprecio por su propia hija; la hija representa en todo caso una vida impuesta que no eligió y su fisiológico final parece ser el resultado de su somatización de todas las culpas que pesan sobre su conciencia, una especie de autocastigo en quien siente haber elegido ser un monstruo encarnación de pecados (la carne, la gula, entre otros) en oposición a la aplaudida e idealizada madre ejemplar que hubiera debido ser. El arquetipo dual impuesto a las mujeres acaba haciendo imposible una vida que no quiso aceptar, el de la esposa y madre, y quedó abocada indefectiblemente al que vio en la mujer encarnación del pecado y el mal. Sin embargo, García Márquez nos deja ver cómo las rígidas consecuencias sociales del orden patriarcal colonial pueden acabar también trastornando la vida de los hombres pues el marqués de Casaldueño, amenazado por su padre, renuncia a su verdadero amor, Dulce Olivia, y es obligado a casarse con Olalla de Mendoza, «heredera de un grande de España» (García Márquez, 2016: 47). Una vez que esta muere, promete no volver a casarse, pero a sus cincuenta y dos años conoce a Bernarda Cabrera, que cambiará tal decisión. Seguir los dictados de esta sociedad enferma hacen del marqués una parodia de la aristocracia que ha perdido todo, tanto económica como moralmente.

Bernarda Cabrera sufrió de primera mano la tiranía del patriarcado y de las rígidas convenciones sociales. En aquella época, el patriarcado prohibía a las mujeres la elección de su esposo, además de establecer cuál debía ser su indumentaria, su comportamiento o las tareas que podían realizar. Bernarda fue obligada por su padre a seducir al marqués de Casalduero para casarse con él, aunque este no lo descubre hasta el final de la novela, momento en que Bernarda le confiesa que «lo único que él debía agradecerle era que no hubiera tenido corazón para [...] echarle un chorro de láudano en la sopa» (ibíd., p. 163).

Bernarda se vuelve prisionera de una vida que no había elegido, convirtiéndose en una imagen distorsionada del prototipo femenino de su época: «mestiza brava de la llamada aristocracia de mostrador; seductora, rapaz, parrandera, y con una avidez de vientre para saciar un cuartel» (ibíd., p. 17). En esta obra, el escritor colombiano muestra a las mujeres, tanto libres como esclavas, como seres inteligentes que desbordan el destino trazado para ellas «no solo por la falta de un lugar en la sociedad, sino por un sistema de gobierno totalmente fuera de control» (Whittingham y Silva, 1998: 58). Por este motivo, Bernarda rompe los estereotipos convencionales pero jamás logrará controlar su destino, pues permanece atada a las normas de la sociedad y al peso de la mirada que los hombres han construido sobre ella en tanto mujer, interiorizando culpas y admitiéndose como un monstruo.

El prototipo femenino de su época quedará relegado en Bernarda Cabrera que, por su iniciativa, asume rasgos supuestamente masculinos. En primer lugar, es ella la que proporciona el sustento económico familiar, ausentándose con frecuencia del hogar. Se dedicaba al comercio de esclavos, y «nadie había sido más astuto que ella» (García Márquez, 2016: 17-18) en lo que se refería a tal empresa. Como figura central de la familia, sus decisiones estaban por encima de las del marqués, como cuando exigió que Sierva María se mudase a vivir con las esclavas. El marqués «intentó una mediación tímida, y ella lo frenó en seco: “O ella o yo”» (ibíd., p. 57).

En segundo lugar, rompiendo la exigencia de castidad o fidelidad propia de una mujer casada, Bernarda disfruta de su sexualidad sin reparos. Para empezar, debemos recordar que violó al marqués de Casalduero, pues «lo acaballó en la hamaca por asalto y lo amordazó con las faldas de la chilaba que él llevaba puesta, hasta dejarlo exhausto» (ibíd., p. 52). Según Bordieu (2000: 31), el acto sexual es un modo que tiene el hombre

de controlar a la mujer colocándose encima de ella. Por tanto, «la posición amorosa en la que la mujer se coloca encima del hombre está explícitamente condenada en muchas civilizaciones» (Bordieu, 2000: 32). Esto nos hace ver el carácter rebelde de Bernarda y su reticencia a ser dominada. Sin embargo, al enamorarse de Judas Iscariote se convierte en «la esclava metafórica de él» (Olsen, 2002: 1072), que nunca se somete a ella. Cuando Judas «se volvió ladrón, proxeneta, sodomita ocasional» (García Márquez, 2016: 58), Bernarda buscó consuelo en otros brazos y «escogía los esclavos mejor servidos» (ibíd., p. 58). Una vez que Judas muere, «se había entregado a la fornicación sin freno con los esclavos del trapiche» (ibíd., p. 163), quienes huían aterrorizados de ella, que terminó pagando a cambio de sexo. Este insaciable deseo sexual es fruto de los abusos sufridos y de una vida vacía, el salto al abismo al que la obliga una arquetipización dual de la mujer que presupone carnalidad extrema y transgresión en aquellas que renuncian al matrimonio ideal.

La honra es lo único que Bernarda intenta mantener a toda costa para poder conservar un nexo identitario con el mundo al que pertenece. Cuando el marqués la deja embarazada, «le recordó que no era negra, [...] de modo que la única aguja para zurcir la honra era el matrimonio formal» (ibíd., p. 53). Además, cuando internaron a Sierva en el convento de las clarisas para exorcizarla, solo le inquietaba que «(su) vergüenza era de dominio público» (ibíd., p. 126). Tal obsesión por mantener la honra familiar puede deberse a la imagen negativa de la mujer en la época pues, «su honor, esencialmente negativo, solo puede ser definido o perdido, al ser su virtud sucesivamente virginidad y fidelidad» (Bordieu, 2000: 68), algo que Bernarda ya había corrompido. Las contradicciones de Bernarda Cabrera, que se debate entre su instinto y lo aprendido, entre sus inclinaciones personales y la imagen negativa que estas tienen en la sociedad, acaban siendo el reflejo de las insuficiencias de un modelo de comportamiento para las mujeres que dejaba sin salida, provocando culpas, rebeldías, reacciones impetuosas y actitudes vengativas a muchas de ellas.

Por último, el hecho de que su padre la prostituyera y acabase abrazando como salida social la maternidad y el matrimonio sin amor ni convicción explica que Bernarda no desarrolle sus instintos maternos, pues «uno de los caminos más seguros para sentir que se ha perdido totalmente el control es la maternidad sin autonomía, sin elección» (Rich, 1996: 375). De este modo, Bernarda manifiesta esta pérdida de control de sí misma con un desorden en su deseo sexual, además de una renuncia visceral e

incontrolable a ser madre. A lo largo de la novela vemos el rechazo de Bernarda hacia su hija, como el momento en que afirma que «la odió desde que le dio de mamar por la única vez, y se negó a tenerla con ella por temor de matarla» (García Márquez, 2016: 54). Dominga de Adviento, una esclava que veía algo especial en Sierva, se encargó de criarla. Por su parte, sus progenitores no vieron nada en ella, pues los constantes insultos que le dirigían mostraban el odio acumulado por formas de vida enajenadas, cautivas de absurdas imposiciones, como el que el marqués le dice el día de su nacimiento: «Será puta» (ibíd., p. 54); o Bernarda que, al volver de sus negocios, miró a Sierva y le dijo: «Eres idéntica a tu padre, un engendro» (ibíd., p. 33).

Este fue el recibimiento que tuvo Sierva María al nacer, pero además del desprecio y los insultos, Bernarda, aterrada por el carácter sigiloso de Sierva, «le colgaba un cencerro en el puño para no perder su rumbo» (ibíd., p. 21). Cuando esto dejó de funcionar determinó que Sierva viviese con el personal esclavo, pues «vivía con el alma en un hilo desde que creyó descubrir en la hija una cierta condición fantasmal» (ibíd., p. 56). Este terror que siente hacia su hija puede ser interpretado como miedo a la maternidad, que «puede significar [...] su muerte como mujer, como ser sexual y como alguien con una función precisa» (Rich, 1996: 170). Esta afirmación encaja con el carácter indómito de Bernarda, que harta de ser manipulada por el patriarcado, no quería que el fruto de tal sistema la controlara. «La maternidad institucionalizada exige de las mujeres “instinto” maternal en vez de inteligencia, generosidad en lugar de autorrealización, y atención a las necesidades ajenas en lugar de a las propias» (ibíd., p. 85), algo que Bernarda trasgredía con violencia y con rencor, pues se sabía inteligente, anhelaba ser independiente y reaccionaba a las limitaciones satisfaciendo sus necesidades inmediatas y carnales en una forma incontrolada y provocadora de transgresión. Este deseo de libertad, de trascender la esclavitud a la que metafóricamente se enfrentan tantas madres como cifra final de una existencia en cierto modo cautiva es conocido como matrofobia, que «no es solo el miedo a la maternidad, sino a convertirse en la propia madre» (ibíd., p. 339). Por tanto, Bernarda podría tener pavor a la maternidad, probablemente por su propia experiencia como hija y por sus vivencias en un hogar donde fue tratada como un objeto.

Sierva crece sin que sus padres recuerden la fecha de su cumpleaños. Cuando la muerde el perro rabioso en el puerto, fuera del cerco de protección en que se ubicaba la casa del marqués, sus padres no se enteran hasta que pasa un mes. Al saberlo, Bernarda

declarará que su hija está poseída, pues admitir que la niña iba a morir de rabia «equivaldría a una muerte esclava» (Deaver, 2000: 84), algo que deterioraría la honra familiar. Ingresada en el convento es confinada en «la última celda de ese rincón del olvido» (García Márquez, 2016: 76), y allí, «embarrada de sus excrementos» (ibíd., p. 81), Sierva sufrió nuevos azotes del patriarcado. Nadie la salva, ni siquiera Cayetano Delaura, de los rituales de exorcismo que la llevaron a la muerte, en los que «la lavaron a baldazos, la despojaron a tirones de sus collares y le pusieron el camisón brutal de los herejes. (Incluso) Una monja de jardinería le cortó la cabellera [...] y la arrojó a la hoguera encendida en el patio» (ibíd., p. 149).

Bernarda no se arrepiente del destino de su hija, como si purgara con ella todas sus culpas y el sufrimiento acumulado a lo largo de su enajenada existencia, y justo al final de la obra, cuando siente que nunca tuvo amor y que estaba sola, le confiesa a su esposo: «Entonces supe que hubiera sido capaz de matarlos a machetazos [...] a usted y a la niña, y al baratero de mi padre, y a todo el que se había cagado en mi vida. Pero ya no era nadie para matar a nadie» (ibíd., p. 163). El caso de Bernarda Cabrera es un ejemplo de cómo el patriarcado distorsionó su experiencia maternal convirtiéndola en un momento a evadir, pues cifraba un modelo de existencia femenina que ahogaba sus aspiraciones, sus anhelos y su verdadera identidad.

3.3.2. *Sethe*

A diferencia de Bernarda Cabrera, los protagonistas de *Beloved* no solo sufrieron la opresión del patriarcado, sino también los abusos de la esclavitud, que dejó a millones de personas marcadas de por vida. En esta ocasión, nos centraremos en Sethe, pues su entorno y sus vivencias distorsionaron su maternidad hasta convertirla en una experiencia dolorosa, tanto para ella como para sus vástagos.

Las personas esclavizadas fueron privadas de muchas de sus necesidades básicas desde su nacimiento, pues muchas madres eran separadas de su prole poco después del nacimiento. Como prueba de ello tenemos el testimonio de Sethe, que admite que su madre «must of nursed (her) two or three weeks. Then she went back in rice»²⁵

²⁵ «debió de amamantarla dos o tres semanas. Entonces, regresó al arrozal» (Morrison, 2010: 72).

(Morrison, 2010: 72). Igualmente tenemos la experiencia de Baby Suggs, que se resignó a que le arrebatasen a sus hijos y ni si quiera se molestaba en mirarlos, pues «it wasn't worth the trouble to try to learn features you would never see change into adulthood anyway»²⁶ (ibíd., p. 163). De este modo, la conexión con la madre, tanto física como emocional se rompía poco después del parto, «by the outer violence that disrupts their relation»²⁷ (Caesar, 1994: 115); y la conexión con el padre era apenas inexistente, pues era alejado de su familia. Los hijos e hijas arrebatados eran amamantados por una segunda mujer que alimentaba primero a los vástagos del dueño y después a los demás. Por esto Sethe, al recordar la escasez en su alimentación, afirma que «there was no milk to call (her) own»²⁸ (Morrison, 2010: 236).

Además de apoderarse de los infantes, los dueños los despojaban de su nombre. Babby Suggs, llamada Jenny por su dueño Mr. Garner, supo que la llamaba así porque «that what's on (her) sales ticket»²⁹ (ibíd., p. 167), perdiendo por completo su identidad. Durante muchos años fueron comparados con animales e incluso se les representaba de esa forma en el sistema educativo. Sethe presenció cómo Schoolteacher corregía a sus alumnos por haber mezclado las características animales de ella: «put her human characteristics on the left; her animal ones on the right»³⁰ (Morrison, 2010: 228). Ante tal humillación, decidió que «nobody on this earth, would list her daughter's characteristics on the animal side of the paper»³¹ (ibíd., p. 296). Ella también se enfrentó a que los sobrinos de Schoolteacher la agredieran sexualmente, le robaran su leche, y a ser golpeada brutalmente por contárselo a Mrs. Garner. Pero lo que más le indignaba era que los jóvenes no fuesen reprendidos, pues Schoolteacher «had chastised that nephew,

²⁶ «no valía la pena molestarse en recordar unos rasgos que, de ninguna manera, verías cambiar en su edad adulta» (ibíd., p. 163).

²⁷ «por la violencia externa que perturbaba su relación» (Caesar, 1994: 115).

²⁸ «no había leche que considerase suya» (Morrison, 2010: 236).

²⁹ «era lo que ponía en su ticket de venta» (ibíd., p. 167).

³⁰ «pon sus características humanas a la izquierda; las animales a la derecha» (Morrison, 2010: 228).

³¹ «nadie en este mundo enumeraría las características de su hija en el lado animal de ese papel» (ibíd., p. 296).

telling him to think -just think- what would his own horse do if you beat it beyond the point of education»³² (ibíd., p. 176).

Además de sufrir estos abusos, las personas esclavas podían ser vendidas de un dueño a otro, «were moved around like checkers»³³ (ibíd., p. 27). Las posibilidades de venta se incrementaron cuando la maternidad de las esclavas empezó a tratarse como un «elemento productivo de la economía» (Rich, 1996: 87). Este negocio inhumano y sus consecuencias se reflejan en la obra de Morrison, pues Baby Suggs, madre de ocho hijos de padres diferentes, le había dicho a su nieta Denver que las mujeres esclavas «have to have as many children as they can to please whoever owned them»³⁴ (Morrison, 2010: 246-247), siendo después despreciadas y humilladas por ello. Por otro lado, Sethe, «pregnant every year including the year [...] she was going to run»³⁵ (ibíd., p. 10), advirtió que sus dueños podían separarla de sus retoños pues, «nobody stopped playing checkers just because the pieces included her children»³⁶ (ibíd., p. 28). Ante esta situación, decide huir con su familia para evitarles las mismas experiencias, «not her best thing, her beautiful, magical best thing -the part of her that was clean»³⁷ (Morrison, 2010: 296).

Las constantes humillaciones y la consiguiente alteración de su identidad dañan su personalidad y su maternidad, ya que la esclavitud intensifica su experiencia maternal y hace que Sethe «acquires a severe maternal impulse»³⁸ (Shaheen, 2014: 202). De este modo, Sethe construye un mundo, una fantasía solo para ella y sus hijos que terminará por dañarla, además de destruir «many of Sethe's emotional supports»³⁹ (Delancey,

³² «había reprendido a ese sobrino, diciéndole que pensara -solo pensar- qué haría su caballo si lo golpeaba más allá del punto de educación» (ibíd., p. 176).

³³ «los movían como fichas» (ibíd., p. 27).

³⁴ «tienen que tener tanta prole como puedan para complacer a quienquiera que fuese su dueño» (Morrison, 2010: 246-247).

³⁵ «embarazada cada año, incluyendo el año en el que iba a fugarse» (ibíd., p. 10).

³⁶ «nadie iba a dejar de jugar con las fichas solo porque las piezas incluyesen a sus hijos» (ibíd., p. 28).

³⁷ «no lo mejor que tenía, lo más bello y mágico que tenía -la parte de ella que estaba limpia» (Morrison, 2010: 296).

³⁸ «adquiera un impulso maternal severo» (Shaheen, 2014: 202).

³⁹ «muchos de los apoyos emocionales de Sethe» (Delancey, 1993: 17).

1993: 17). Por un lado, Sethe antepone su papel de madre a sí misma, pues cuando abusan de ella lo único que le preocupa es que le quiten la leche de sus infantes. Ese amor es su forma de reacción contra el odio y sus hijos, paradójicamente, la única raíz desde la que construir una identidad absolutamente demolida: algo incuestionablemente propio desde donde construirse y afirmar su vida. Sus propias carencias hacen que Sethe asocie el robo de su leche con su traumatizada infancia, pues sabía bien qué se sentía al no tener leche para alimentarse. Su pasado la define y basa su experiencia maternal en la infancia que tuvo para erigir, corrigiéndola, un proyecto soportable de futuro.

Pero esa infancia llena de carencias, violencia y desintegración de su yo acarrea serios trastornos a Sethe, que acabarán afectando principalmente a su prole aunque su objetivo sea protegerlos constantemente. En primer lugar, Sethe acaba con la vida de su hija antes que permitir ser esclavizada de nuevo: la imposibilidad de ese proyecto de futuro y la amenaza de que el pasado se repita convierten el amor en destrucción, la muerte en una posibilidad de salvación, en un arma contra un destino insoportable. Desde el horror de su experiencia personal, Sethe elige para su hija la muerte, como también hizo su propia madre, ya que ella «was the one she didn't throw away»⁴⁰ (Morrison, 2010: 237). En segundo lugar, sus hijos Howard y Buglar se marchan de casa con solo trece años por temor a seguir viviendo allí. El miedo lleva a Sethe a cometer infanticidio, pero ese terror extremo es producto de un trauma, que pone a sus hijos «at risk through her behavioral response to trauma»⁴¹ (Schreiber, 2010: 12). La muerte que ella elige para su hija acaba siendo el único acto "libre" de una identidad traumatizada y destrozada que siempre ha dependido de la voluntad ajena: desde su existencia violentada es capaz por una vez de imponer su criterio, un criterio que hace preferible la muerte antes que una vida esclava para la hija. La monstruosa decisión de Sethe hace recaer en la sociedad esclavista y patriarcal toda la responsabilidad y se convierte en llamada de atención y denuncia.

Finalmente tenemos a Denver que, sobreprotegida por su madre, se caracteriza por su «unnatural childishness and inner emptiness»⁴² (Shaheen, 2014: 202). Al no desarrollarse como un ser independiente, Denver se siente alienada del mundo exterior,

⁴⁰ «fue la única de la que ella no se deshizo» (Morrison, 2010: 237).

⁴¹ «en riesgo por la respuesta de su comportamiento ante el trauma» (Schreiber, 2010: 12).

⁴² «antinatural inmadurez y vacío interior» (Shaheen, 2014: 202).

convirtiéndose en una niña bastante vulnerable a posibles abusos, pues una protección maternal tan absorbente «acarrea falta de voluntad para enfrentarse a la crueldad de la vida» (Rich, 1996: 309). Por ello, Denver no quiere oír nada acerca del acto atroz que cometió su madre; es más, no quiere oír ni siquiera a su propia madre o a su abuela, por lo que «for two years she walked in a silence too solid for penetration»⁴³ (Morrison, 2010: 121). Además de su vulnerabilidad, Denver siente un miedo atroz hacia su madre, pues no entiende qué ocurrió para que matase a su hermana, como vemos aquí:

I'm afraid the thing that happened that made it all right for my mother to kill my sister could happen again. [...] Whatever it is, it comes from outside this house, outside the yard, and it can come right on in the yard if it wants to. So I never leave this house and I watch over the yard, so it can't happen again and my mother won't have to kill me too⁴⁴ (ibíd., p. 242).

Schreiber indica que muchas niñas y niños traumatizados «develop ways of mental functioning designed to prevent the return of the helpless or hopeless state of traumatization»⁴⁵ (2010: 9), y es justo lo que hace Denver: recluirse en su casa para poder evitar que vuelva a ocurrir tan terrible situación. Harta de cómo viven, Denver se siente sola pues nadie las visita ni les habla. Y aunque ha estado recluida durante mucho tiempo, cuando siente que su madre, poseída por Beloved, necesita su ayuda, no duda en salir del 124 de Bluestone Road para salvarla.

La esclavitud distorsiona la maternidad de Sethe dañándola a ella y a su prole, incapaz de disfrutar de una infancia apropiada. Sethe les transmite sus traumas, sus carencias y su miedo, haciendo que su desarrollo personal se estanque y provocando que se distancien de ella o desarrollen serios trastornos psicológicos. La maternidad resultó ser tan dolorosa para Sethe, que se convierte en una experiencia a evitar. Por ello, cuando Paul D le propone quedarse embarazada de nuevo siente pavor, ya que ser madre otra vez requería «to be good enough, alert enough, strong enough, *that* caring

⁴³ «durante dos años caminó en un silencio demasiado sólido como para penetrarlo» (Morrison, 2010: 121).

⁴⁴ «Temo que aquello que sucedió e hizo que mi madre matase a mi hermana, pueda ocurrir de nuevo. [...] Sea lo que sea, viene de fuera de esta casa, fuera del patio, y puede regresar al patio si lo desea. Por eso nunca dejaré esta casa y vigilaré el patio, para que no suceda de nuevo y así mi madre no tendrá que matarme también» (ibíd., p. 242).

⁴⁵ «desarrollan diversas formas de funcionamiento mental diseñadas para prevenir el regreso del desesperado e indefenso estado de traumatización» (2010: 9).

again»⁴⁶ (Morrison, 2010: 155). Sethe aún no había experimentado qué sentía como mujer, por lo que necesitará «luchar para salir de esa intensa relación absorbente y alcanzar una nueva [...] reafirmación de su ser hasta llegar a ser ella misma» (Rich, 1996: 154).

El inicio del autodescubrimiento de Sethe comenzó con la llegada de Paul D y Beloved, pues gracias a ellos puede hacer frente a su pasado y redimir su culpa. Denver también «saves her mother in several ways»⁴⁷ (Martin, 2014: 82), ya que al salir de casa a pedir ayuda, se convierte en una mujer independiente que entiende y valora a su madre: ese reconocimiento será fundamental para Sethe, que comienza un proceso de restitución como madre que la conducirá, ahora sí, hacia la radicación de su identidad. La salida de Denver hará que la comunidad se convierta en otro pilar fundamental para la recuperación de Sethe, pues la unión de todas las mujeres espanta a Beloved, consiguiendo que Sethe se valore y aprecie por primera vez la maternidad como una experiencia liberadora. Al final de la obra, Paul D le propone a Sethe afrontar juntos el pasado diciéndole: «we got more yesterday than anybody. We need some kind of tomorrow»⁴⁸ (Morrison, 2010: 322). Con ayuda, pues «recovery is something we do for each other»⁴⁹ (Dickerson, 2001: 213), les espera un nuevo futuro juntos, una nueva oportunidad de llegar a forjar su propia identidad, lejos de las leyes y los preceptos que el patriarcado y la esclavitud les habían impuesto durante tanto tiempo.

⁴⁶ «ser lo suficientemente buena, fuerte, estar alerta, esa preocupación de nuevo» (Morrison, 2010: 115).

⁴⁷ «salva a su madre de diferentes formas» (Martin, 2014: 82).

⁴⁸ «tenemos más ayer que nadie. Necesitamos un poco de mañana» (Morrison, 2010: 322).

⁴⁹ «la recuperación es algo que hacemos el uno por el otro» (Dickerson, 2001: 213).

4. CONCLUSIÓN

El patriarcado y la esclavitud, como modelos sociales, económicos, morales y culturales, destrozaron la vida de millones de personas ocasionando daños que no siempre han sido percibidos a primera vista. En el caso de las mujeres esos daños empezaron a desenterrarse, analizarse y valorarse en el siglo pasado, sacándose a la luz los casos de mujeres que no pudieron desarrollar sus identidades singulares por presiones morales, culturales y sociales que llegaron a afectar a la compleja e íntima experiencia de la maternidad. La literatura ha sido uno de los principales vehículos de exposición de esos casos individuales que rara vez se han sometido a categorías de análisis, posibilitando su toma de conciencia y la puesta en marcha de esas categorías. Son los casos de las novelas analizadas en este Trabajo de Fin de grado: *Del amor y otros demonios* y *Beloved*. A lo largo de estas páginas hemos podido conocer la historia de Bernarda Cabrera, una mujer que pasa de ser prostituida por su padre a intentar redimirse socialmente mediante un matrimonio provechoso, y acaba afrontando con rencor la imposibilidad de desarrollar una identidad inaprehensible en los moldes diseñados para las mujeres en la Cartagena de indias colonial. Enajenada de sí misma por la ausencia de vías para su desarrollo, Bernarda Cabrera rechaza su maternidad y se entrega desafortunadamente a la satisfacción secreta de sus pasiones, en una especie de pulsión de odio contra un mundo en el que no encuentra sitio. Por su parte, Sethe también concibe la maternidad como una experiencia a evadir, pues sus traumas hacen que su vivencia como madre esté marcada por la experiencia brutal de la esclavitud y el despojamiento absoluto de su voluntad, su identidad y su criterio.

A través del análisis de estas obras podemos asomarnos a un asunto que solo recientemente ha empezado a ser objeto de estudio y reflexión: los errores del patriarcado en su intento de domesticar la maternidad mediante la 'naturalización' del estereotipo de la “madre perfecta” y la conversión del tema en un tabú, imagen hasta hace poco nunca cuestionada que se aleja de la experiencia real, íntima y singular de millones de mujeres que no pocas veces ha acabado distorsionando esta vivencia, ocultando sus dificultades e incrementando culpas e inseguridades complementarias a otras ocasionadas por el ideal femenino que el patriarcado ha consolidado. Es cierto que las obras de Toni Morrison se han analizado desde un punto de vista feminista en importantes estudios, pero este ensayo puede suponer el inicio para continuar reflexionando sobre temas tan importantes como la función social, moral y cultural de la

maternidad en determinadas sociedades y su impacto en las vidas de las mujeres, aprovechando la oportunidad que para ello ofrecen otras obras literarias, como es el caso de *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez. El autor colombiano, al igual que Morrison, ofrece en esta novela un retrato complejo y completo de la opresión ejercida por algunas instituciones sobre quienes no ocupan en ellas espacios de poder, como fue el caso de las mujeres en la América colonial. De este modo, ambos escritores parecen compartir un mismo objetivo: usar su palabra para mostrar situaciones a veces desatendidas de injusticia y desigualdad y provocar con ello una comprensión más humana, emotiva y sensitiva de los horrores y errores de nuestra realidad y nuestra historia.

5. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Babamiri, Navid Salehi. "Deformed Motherhood in Toni Morrison's novel, *Beloved*", *Journal of Academic and Applied Studies*, vol. 5 (2), 2015, pp. 26-37.
- Bordieu, Pierre. *La dominación masculina*, Madrid: Editorial Anagrama, 2000.
- Caesar, Terry Paul. "Slavery and Motherhood in Toni Morrison's *Beloved*", *Revista de Letras*, vol.34, 1994, pp. 111-120.
- Camacho Delgado, José Manuel. "La religión del amor en la última narrativa de Gabriel García Márquez", *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, Alicante: Cuadernos de América Sin Nombre, 2006, pp. 107-131.
- Carby, Hazel V. *Reconstructing Womanhood. The Emergence of the Afro-American Woman Novelist*, New York: Oxford UP, 1987.
- Deaver, W. "Obsesión, posesión y opresión en *Del amor y otros demonios*", *Afro-Hispanic Review*, vol. 19, nº 2, 2000, pp. 80-85.
- Delancey, Deayle B. "'Motherlove is a killer': *Sula*, *Beloved*, and the Deadly Trinity of Motherlove." *SAGE: A Scholarly Journal on Black Women*, 7.2, 1993, pp. 15-18.
- Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente*, Madrid: Taurus, 1989, pp. 423-533.
- Dickerson, Vanessa D. "Summoning Somebody. The Flesh Made Word in Tony Morrison's Fiction." *Recovering the Black Female Body. Self-Representations by African-American Women*. Edited by Michael Bennett and Vanessa D, New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 2001, pp. 195-216.
- Fajardo, Diógenes. "El mundo africano en *Del amor y otros demonios*", *Cien años de soledad, treinta años después*. Memorias del Congreso, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1998, pp. 87-106.
- Fulweiler, Howard W. "Belonging and Freedom in Morrison's *Beloved*: Slavery, Sentimentality, and the Evolution of Consciousness", *The Centennial Review*, Vol. 40, No. 2 (Spring 1996), pp. 331-358.

- García Márquez, Gabriel. *Del amor y otros demonios*, Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2016.
- June, Pamela B. *The Fragmented Female Body and Identity*, Germany: Peter Lang, 2010, vol.54, pp. 22-46.
- Khaleghi, Mahboobeh. “The Ghost of Slavery: Individual and Communal Identity in Toni Morrison’s *Beloved*”, *Language in India*, 12:2, February 2012, pp. 473-483.
- Kuper, Adam and Kuper, Jessica (eds.). *The Social Science Encyclopedia (Third Edition)*, Abingdon: Routledge, 2004.
- López de Abiada, J. M. “La niña, el exorcista y el amor endemoniado”, *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 548, febrero de 1996, pp. 150-155.
- Martin, Linda Wagner. *Toni Morrison and the Maternal. From the Bluest Eye to Home*, New York: Peter Lang, 2014, vol. 67, pp. 67-83.
- Morrison, Toni. *Beloved*, London: Vintage books, 2010.
- Morrison, Toni. *The Bluest Eye*, London: Vintage books, 1999.
- Myles, Lynette D. *Female Subjectivity in African American Women’s Narratives of Enslavement. Beyond Borders*, New York: Palgrave Macmillan, 2009, pp. 1-50.
- Olsen, Margaret. “La patología de la africana en *Del amor y otros demonios* de García Márquez”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, nº 201, octubre-diciembre de 2002, pp. 1067-1080.
- Palencia-Roth, Michael. “*Del amor y otros demonios*: tragedia inquisitorial, beatificación africana”, Carmenza Kline, ed., *Apuntes sobre literatura colombiana*, Santafé de Bogotá: Ceiba Editores, 1997, pp. 111-122.
- Rich, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Madrid: Ediciones Cátedra (Feminismos), 1996.
- Royo Prieto, Raquel. *Maternidad, paternidad y conciliación en la CAE. ¿Es el trabajo familiar un trabajo de mujeres?* Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto. Serie Sociológica, vol. 27, 2011.

- Schreiber, Evelyn Jaffe. *Race, Trauma, and Home in the novels of Toni Morrison*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2010, pp. 1-31.
- Shaheen, Aamer. "The Study of Gender in Toni Morrison's *Beloved*", *Interdisciplinary journal of contemporary research in business*, vol. 6 (1), 2014, pp. 196-212.
- Stone, Rebecca. "Can the breast feed the mother too? Tracing maternal subjectivity in Toni Morrison's *Beloved*", *British Journal of Psychotherapy* 31, 3, 2015, pp. 298-310.
- White, Deborah Gray. *Ar'n't I a Woman? Female Slaves in the Plantation South*, New York: Norton & Company, 1987.
- Whittingham, Georgina y Silva, Lourdes. "El erotismo fruto prohibido para la mujer", *Texto crítico*, julio-diciembre 1998, 4 (7), pp. 57-67.
- Zuloaga, Conrado. "*Del amor y otros demonios*", *Quimera*, nº 124, 1993, pp. 12-15.